

NUEVA ETAPA
EVANGELIZADORA



JOSÉ ANTONIO PAGOLA

Anunciar hoy
a Dios
como
buena
noticia 2



Diseño: Estudio SM

- © 2016, José Antonio Pagola
- © 2016, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

PRESENTACIÓN

Este trabajo forma parte de un proyecto para dinamizar las comunidades cristianas respondiendo a la llamada del papa Francisco, que nos invita a impulsar una nueva etapa evangelizadora. Estas son sus palabras: «Quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora, marcada por la alegría de Jesús, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años»¹. El objetivo concreto de este proyecto es ayudar a las parroquias y comunidades cristianas a impulsar de manera humilde, pero lúcida y responsable, un proceso de renovación.

Después de una obra dedicada a *Recuperar el proyecto de Jesús*, abordamos ahora un tema de importancia vital: «Anunciar hoy a Dios como buena noticia». El evangelista Marcos nos dice que Jesús recorría las aldeas de Galilea «proclamando la buena noticia de Dios». Sin duda, el relato evangélico recoge una experiencia real: en el mensaje y la actuación de Jesús, aquellos campesinos de la Galilea de los años treinta captaban a Dios como algo nuevo y bueno. A los que vivimos en medio de una sociedad indiferente y descreída, el hecho no deja de sorprendernos. ¿Cómo pudo Jesús anunciar a Dios como buena noticia? ¿Qué tiene que suceder para que el misterio de Dios pueda ser experimentado como algo nuevo y

¹ PAPA FRANCISCO, *La alegría del Evangelio* 1 (en adelante EG, por sus primeras palabras en latín: *Evangelii gaudium*).

bueno? Es probablemente la pregunta clave para imprimir la dirección adecuada al acto evangelizador en la sociedad actual.

¿Qué ofrezco a las comunidades cristianas a lo largo de este libro? Antes que nada es necesario que todos tomemos conciencia de la grave crisis religiosa que estamos viviendo entre nosotros. Por eso, en un primer capítulo titulado «En medio de una crisis sin precedentes», ofrezco una reflexión sobre la grave crisis que nos está sacudiendo y sobre los profundos cambios que se están produciendo entre los cristianos que solo hace unos años llenaban nuestras iglesias. No podemos ser espectadores ingenuos de lo que está sucediendo. Antes de buscar algunas claves para orientar nuestra acción evangelizadora hemos de situarnos con confianza grande en el Dios revelado en Jesús, pero también con realismo ante esta profunda crisis. Las preguntas y preocupaciones que están en el trasfondo de este libro son estas: ¿qué ha de ser y cómo ha de actuar la Iglesia de Jesús en estos momentos críticos? ¿Cómo hemos de entender y vivir hoy nuestra misión evangelizadora en las parroquias y comunidades cristianas?

El segundo capítulo lo he titulado «Acoger el misterio de Dios en la noche». No podemos permanecer pasivos ante una crisis tan radical. Hemos de reaccionar. ¿Cómo vivir la experiencia de Dios en medio de una noche tan oscura? ¿Cómo dar noticia de un Dios que parece interesar cada vez menos a la gente? No son cuestiones teóricas, sino preguntas que llevamos hoy muy dentro no pocos creyentes y evangelizadores. Dos convicciones subyacen en mi reflexión. La primera nos puede inquietar. En un futuro ya próximo, sin experiencia de Dios no

habrá creyentes: el futuro de la fe entre nosotros está ligado al cultivo de la experiencia personal de Dios, sobre todo en nuestras comunidades. La segunda nos ha de alentar: el nihilismo moderno que pone en crisis a Dios puede ser punto de partida de un acercamiento más auténtico a su Misterio, pues está dejando al descubierto nuestras falsas imágenes de Dios, nuestros ídolos y nuestras manipulaciones de lo divino.

En este clima de caminos nuevos en medio de la noche, en el capítulo tercero, «Anunciar a Dios desde un horizonte nuevo», señalo brevemente algunas actitudes que, a mi juicio, hemos de cultivar en nuestras comunidades para anunciar a Dios en nuestros días. Destaco la confianza absoluta en la acción salvadora de Dios; la necesidad de promover un nuevo comienzo de la fe; la importancia de acoger el Evangelio antes que anunciarlo a otros; la actitud de caminar con los hombres y mujeres de hoy, abriendo caminos al reino de Dios; el cuidado de la fe como adhesión al camino abierto por Jesús; la construcción de una Iglesia que puede ser también hoy «signo de salvación» para todos.

Para anunciar a Dios desde un horizonte nuevo es necesario reavivar en nuestras comunidades la experiencia de Dios que vivieron los primeros discípulos al encontrarse con Jesús. En el capítulo cuarto, que titulo «Experiencia de Dios y evangelización», articulo mi reflexión en tres partes. Primero pongo de relieve diversos síntomas y rasgos de la sociedad moderna, necesitada de una experiencia nueva de Dios. Luego hago ver la necesidad de tomar conciencia de que nuestro trabajo evangelizador en medio de esa sociedad se sustenta, con frecuencia, en una experiencia empobrecida de Dios. Por último

expongo la necesidad de impulsar una nueva etapa evangelizadora para actualizar en nuestros tiempos aquella experiencia originaria que vivieron con Jesús los primeros discípulos –hombres y mujeres– que se encontraron con él.

Los primeros discípulos vivieron con Jesús la experiencia de un Dios amigo del ser humano. Es un dato que no hemos de olvidar ni oscurecer. No abriremos caminos que acerquen a los hombres y mujeres de hoy al misterio de Dios si no aprendemos a «vivir y comunicar la experiencia de un Dios amigo». Este es el título del capítulo quinto. Toda la actuación de Jesús no es sino la encarnación del amor y la amistad de Dios hacia el ser humano. A partir de este dato podremos describir la experiencia cristiana de Dios en clave de amistad y entender la llamada a anunciar la Buena Noticia de un Dios amigo del hombre en un mundo donde se sufre tanto por la falta de amor.

Sin testigos no es posible transmitir hoy la experiencia de Dios vivida en torno a Jesús. Hoy, lo mismo que en la Galilea de los años treinta, no faltan escribas, doctores y jerarcas, pero, ¿hay testigos que se han encontrado con Jesús, capaces de comunicar la experiencia del Dios vivo que han descubierto encarnado en su persona? En el capítulo sexto, que he titulado «Testigos del Dios de la vida», trato de responder de manera sencilla y concreta a preguntas que hemos de hacernos los creyentes de hoy: ¿quién es testigo del misterio de Dios? ¿Qué vive ese testigo? ¿Qué es lo decisivo en su experiencia? ¿Qué es lo que comunica a los hombres y mujeres de hoy? ¿Cómo lo hace? ¿Cómo se sitúa en medio de esta sociedad tan indiferente ante Dios?

Con frecuencia no somos conscientes de que la sociedad moderna tiende a generar un hombre vacío de interioridad, lleno de ruido y sordo a las llamadas de Dios. Para muchos puede ser el mayor obstáculo para escuchar la Buena Noticia de Dios. Por eso, en el capítulo séptimo abordé la necesidad de «recuperar la espiritualidad de Jesús». Después de señalar algunos rasgos de la cultura moderna del ruido y la superficialidad subrayo la sordera interior de no pocas personas, que no aciertan a abrirse a la Buena Noticia de Dios. Trato luego de la importancia del silencio como camino hacia Dios. Por último, ante nuevas propuestas de caminos espirituales, concluyo reafirmando la necesidad de cultivar una espiritualidad arraigada en Jesús, si no queremos empobrecer nuestro seguimiento a quien es nuestro Maestro y Señor.

Al final de cada capítulo sugiero algunas cuestiones o preguntas para estimular la reflexión pastoral en las comunidades cristianas (en pequeños grupos, en los Consejos pastorales o entre los responsables y animadores en diferentes campos). Hemos de seguir abriendo caminos de renovación en la Iglesia para que la Buena Noticia del Dios encarnado y revelado en Jesús pueda ser escuchada entre nosotros en estos tiempos de grave crisis religiosa. Hace unos años, Juan Martín Velasco reclamaba con fuerza la necesidad de testigos y evangelizadores: «Que se pongan al frente de nosotros sujetos capaces de reflejar la luz del Misterio, la tiniebla luminosa, única capaz de iluminar los pasos en la noche de la razón, del dominio y del progreso que vivimos». ¿De dónde surgirán estos testigos si no es de un clima renovado por la experiencia del Dios amigo del ser humano, encarnado y revelado en Jesús?

EN MEDIO DE UNA CRISIS SIN PRECEDENTES

Antes que nada parece necesario tomar conciencia de las nuevas condiciones en que la Iglesia ha de llevar a cabo hoy su misión evangelizadora. Condiciones insospechadas hace solo unos años. No es posible exponer aquí, ni siquiera de manera resumida, los análisis sociológicos y los ensayos que se están publicando sobre la sociedad contemporánea occidental. Nos limitaremos a tomar nota de algunos datos básicos que parece necesario tener en cuenta para pensar hoy de manera renovada la misión evangelizadora de la Iglesia.

1. Centralidad de la crisis

No es fácil analizar lo que está sucediendo. El momento actual es complejo y está lleno de tensiones y contradicciones. No todos hacen la misma lectura, pero casi siempre se pronuncia una palabra: «crisis».

Las filosofías modernas entienden que la crisis se ha convertido en el horizonte de comprensión del momento actual. La aparente armonía de un mundo unificado y coherente se está derrumbando. Todo aparece cuestionado. Se habla de «omnicrisis» o de crisis total. «La crisis es un fenómeno que se ha extendido a todos los dominios de la existencia humana, hasta

el punto de que viene a designar simplemente nuestra condición de hombres modernos»¹.

La crisis afecta a todos los sectores de la vida: hay crisis metafísica, cultural, religiosa, económica, ecológica. Están en crisis la familia, la educación y las instituciones sociales de otros tiempos. Han caído en buena parte los mitos de la Razon, la Ciencia o el Progreso: la razón no nos está llevando a una vida más digna y humana; la ciencia no nos dice ni cómo ni hacia dónde hemos de orientar la historia; el progreso no es sinónimo de felicidad para todos.

Está en crisis la transmisión del patrimonio socio-cultural a las nuevas generaciones. Se va perdiendo la memoria histórica y religiosa. Emerge una cultura plural y difusa en la que las grandes tradiciones culturales, religiosas y políticas van perdiendo la autoridad que han tenido durante siglos. Se ponen en cuestión los sistemas de valores que configuraban en el pasado el comportamiento ético. Crece la indiferencia ante lo religioso, lo metafísico y lo político. Se ha dejado de creer en «las antiguas razones de vivir». Vivimos una situación inédita: los antiguos puntos de referencia parecen inadecuados y los nuevos no están todavía bien dibujados. La actitud más generalizada ante el futuro es la incertidumbre y una difusa inquietud. Para captar mejor la profundidad de esta crisis podemos recordar algunos rasgos básicos.

En primer lugar, el *descrédito* y la *desconfianza*. No resulta fácil creer en el pensamiento humano. Las grandes ideologías

¹ J. L. SOULETIE, *La crise, une chance pour la foi*. París, Les Éditions de l'Atelier, 2002, p. 45.

del siglo xx han conducido a la humanidad a las mayores tragedias de la historia: dos guerras mundiales, el Holocausto (*Shoá*), Nagasaki, Hiroshima, la era estaliniana, las guerras de Camboya, Yugoslavia o Ruanda, y en estos momentos el terrorismo del Daesh². No es fácil tampoco creer en el proceso humano cuando el cinismo económico de los países más avanzados mantiene en el hambre y la miseria a un tercio de la humanidad. En medio de la incertidumbre y la desconfianza solo queda el ser humano con su fuerza creadora y también con su poder destructor.

Por otra parte se experimenta como nunca la *fragmentación*. No se aceptan los grandes relatos de salvación, las grandes síntesis, los sistemas, las grandes religiones. Ya no es posible un mundo en común. En adelante se vivirá en el pluralismo. La existencia es hoy multiplicidad, diversidad, diferencia. La verdad está en el fragmento. No se busca un fundamento metafísico último, pues no se ve que sea necesario. Esta ausencia de marcos de referencia agudiza la existencia de cada individuo, pues le obliga a ahondar por sí mismo para encontrar sus razones para vivir y para dar sentido a su vida.

La crisis genera como fruto espontáneo el *nihilismo*, que podríamos considerar como la actitud que renuncia a buscar los «porqués» de la existencia. Ya F. Nietzsche anunció que el nihilismo sería la grave enfermedad de las sociedades modernas. El proceso es fácil de detectar: se vive con la sensación de que los valores, las normas y principios que regían en tiempos

² J. GLOVER, *Humanidad e inhumanidad. Una historia moral del siglo xx*. Madrid, Cátedra, 2001.

pasados la existencia ya no sirven; luego, una vez instalados en esta crisis, los individuos se deslizan cada vez más hacia actitudes impregnadas de nihilismo y pragmatismo.

Otro rasgo que hay que tener en cuenta es el *fatalismo*. Estamos inmersos en un proceso que nos parece imposible detener o modificar. No se cree apenas en la capacidad de intervención del ser humano. La historia parece sometida a fuerzas anónimas que nos superan. La crisis de la tradición, de la educación y de la transmisión de cultura indica que ya no se cree en el pasado, pero, por otra parte, no se sabe qué es lo que podría devolver la esperanza a esta humanidad desencantada. Solo queda la libertad frágil del ser humano. De ella depende el futuro.

Al tratar de buscar algunas claves para la evangelización hoy parece necesario pensar, antes que nada, en cómo hemos de situarnos ante esta crisis tan global y profunda. ¿Qué ha de ser y cómo ha de actuar la Iglesia de Jesús en esta crisis? ¿Cómo ha de entender y vivir su misión?

2. La «crisis de Dios»

Dentro de la crisis general que se vive en la sociedad occidental es fácil detectar la crisis de la religión y, en concreto, la crisis del cristianismo. Desde el interior de la Iglesia, nosotros tendemos a subrayar los hechos más cercanos y preocupantes para nosotros: el descenso de la práctica religiosa, la disminución de vocaciones para el ministerio presbiteral y la vida consagrada, el alejamiento masivo de los jóvenes, el envejecimiento de las comunidades...

Sin embargo, bajo estos indicios visibles de crisis religiosa se está produciendo algo mucho más radical: lo que J. B. Metz llama la «crisis de Dios» (*Gotteskrise*). El hecho ha sido captado de muchas formas: «Dios ha muerto» (F. Nietzsche), estamos viviendo «el eclipse de Dios» (M. Buber), nos hemos quedado «sin noticias de Dios» (M. Fraijó). Se sigue hablando de él, pero «Dios» se ha convertido para muchos en una «palabra fósil»: testigo de la fe de otros tiempos, pero casi privada hoy de significado real para muchos.

Dios ha dejado de ser el fundamento del orden social y el principio integrador de la cultura. De una afirmación social masiva, pública e institucional de Dios se ha ido pasando a una situación de indiferencia cada vez más generalizada. La cuestión de Dios apenas atrae o inquieta: sencillamente deja indiferente a un número cada vez mayor de personas. La fe en Dios parece diluirse en la conciencia del hombre moderno. Se diría que está desapareciendo del horizonte de cuestiones y respuestas posibles al sentido de la existencia. Dios no interesa. Cada vez son menos los que piensan en él como principio orientador de su comportamiento.

Según el análisis de no pocos expertos estamos entrando en una «era poscristiana» (Émile Poulat). De hecho, es fácil constatar la pérdida creciente de la «memoria cristiana». Cada vez son más los que ignoran el hecho cristiano, incluso como fenómeno histórico y cultural. Cada vez es más difícil la transmisión de la tradición cristiana a las nuevas generaciones³.

³ Véase el breve pero excelente estudio de J. MARTÍN VELASCO, *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*. Santander, Sal Terrae, 2002.

Más aún, según algunos observadores, estamos saliendo del «orden de las creencias», en que los individuos actuaban movidos por alguna fe que les servía de criterio, sentido y norma de vida, y estamos pasando al «orden de las opiniones», en que cada uno tiene su propia opinión sin necesidad de fundamentarla en ningún sistema ni tradición. Todo ello en el marco de un escepticismo y desencanto cada vez más generalizado.

Esta «crisis de Dios» no parece un hecho pasajero. H. Küng lo califica de «crisis epocal», J. B. Metz lo considera el «hecho nuclear» que está repercutiendo decisivamente en la configuración del hombre moderno. Recientemente, J. Martín Velasco ha hablado de una «metamorfosis de lo sagrado»⁴. Se comienza a pensar que estamos viviendo una época que puede tener para el futuro del cristianismo y de las religiones repercusiones tan profundas como las que tuvo el llamado «tiempo eje» (K. Jaspers) durante el primer milenio antes de Cristo, cuando nacieron las grandes religiones y el pensamiento filosófico que han tenido vigencia hasta nuestros tiempos (Lao Tse y Confucio en China; las Upanishads y Buda en la India; Zaratustra en Persia; los grandes profetas en Israel y el pensamiento filosófico de los presocráticos, Sócrates y Platón en Grecia). R. Panikkar va más lejos y llega a afirmar que el «período axial» que estamos viviendo significa que «el pasado período de seis mil años está siendo sustituido progresiva-

⁴ J. MARTÍN VELASCO, *Metamorfosis de lo sagrado y futuro del cristianismo*. Santander, Sal Terrae, 1999, sobre todo pp. 23-30.

mente por otras formas de conciencia» marcadas por la secularidad⁵.

La proliferación de nuevas corrientes religiosas o de espiritualidad ha podido hacer pensar que «Dios vuelve». No es así. Las nuevas tendencias religiosas no remiten, en general, a una trascendencia que el ser humano ha de reconocer, sino que encierran al individuo en sí mismo (adquisición de una nueva conciencia, iluminación, iniciación esotérica, vacío mental...). La salvación no es aquí gracia que el ser humano recibe de Dios, sino proceso de autorrealización de la propia conciencia. Según J. Martín Velasco, estos movimientos «operan tal transformación de la religión que, más que respuestas a la crisis religiosa, representan la culminación de la misma»⁶. Se trata de verdaderas «religiones sin Dios» (J. B. Metz), pues lo reemplazan ocupando su lugar y confirmando así la profundidad de la «ausencia de Dios» en la crisis actual.

La «muerte de Dios» no es una buena noticia para nadie, pues está arrastrando a la humanidad hacia un nihilismo que muchos consideran «la definición de nuestra época»⁷. La razón es clara. Gabriel Amengual la resume de manera brillante: «Con la muerte de Dios no se indica solamente la desaparición de la idea de Dios y la metafísica en ella fundada, sino

⁵ R. PANIKKAR, *El mundanal ruido*. Barcelona, Martínez Roca, 1999, p. 24. Sobre el período axial y sus repercusiones religiosas, véase una descripción sugerente en el mismo R. PANIKKAR, *El silencio del Buddha. Una introducción al ateísmo religioso*. Madrid, Siruela, 1996, pp. 165-185.

⁶ J. MARTÍN VELASCO, *El fenómeno místico*. Madrid, Trotta, 1999, p. 475; J. M. MARDONES, *Para comprender las nuevas religiones*. Estella, Verbo Divino, 1994.

⁷ G. AMENGUAL, *Presencia elusiva*. Madrid, PPC, 1996, p. 181.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
1. EN MEDIO DE UNA CRISIS SIN PRECEDENTES	11
1. Centralidad de la crisis	11
2. La «crisis de Dios»	14
3. La crisis religiosa entre nosotros	18
4. Algunos cambios en los cristianos	27
5. Deslizamiento hacia la indiferencia	28
6. Preguntas, preocupaciones y convicciones desde la fe	31
2. ACOGER EL MISTERIO DE DIOS EN LA NOCHE	36
1. Sin experiencia de Dios no habrá creyentes ..	37
2. El nihilismo, nueva apertura al misterio de Dios	40
3. Acoger a Dios en la secularidad de lo cotidiano	43
4. Buscar a Dios en el Crucificado	47
5. Bajar de la cruz a los crucificados	51
3. ANUNCIAR A DIOS DESDE UN HORIZONTE NUEVO ..	57
1. Confianza absoluta en la acción salvadora de Dios	57
2. Nuevo comienzo de la fe	59
3. Acoger el Evangelio antes que anunciarlo	64

4. Caminar con los hombres y mujeres de hoy hacia el reino de Dios	66
5. Desde una Iglesia signo de salvación para todos	70
6. La fe como adhesión al camino de Jesús	73
4. EXPERIENCIA DE DIOS Y EVANGELIZACIÓN	79
1. Una sociedad necesitada de la experiencia de Dios	79
a) Pragmatismo demoledor	80
b) Racionalismo reductor	81
c) Sin núcleo interior	83
d) El sometimiento a la sociedad	85
e) La crisis de esperanza	87
f) Necesidad de salvación	89
2. Pobreza espiritual de nuestra acción evangelizadora	90
a) Ausencia de comunión viva con Jesús, el Cristo	91
b) Una pastoral sin interioridad	93
c) El sostenimiento de la mediocridad espiritual	95
d) El riesgo de la deformación pastoral	97
3. Mística y nueva etapa evangelizadora	98
a) La evangelización como actualización de la experiencia original cristiana	99
b) Dos elementos importantes de la experiencia cristiana	103

5. VIVIR Y COMUNICAR LA EXPERIENCIA DE UN

DIOS AMIGO	109
1. La amistad de Jesús	110
a) El Profeta amigo	110
b) Amigo de sus discípulos	113
2. Bajo el signo de la amistad	115
a) Dios es amor	115
b) La respuesta al amor de Dios	119
3. La vida cristiana en clave de amistad	120
a) Sabernos amados	120
b) La amistad con Cristo	123
c) La importancia del afecto	124
4. La oración de amistad	126
a) El encuentro con Cristo Amigo	127
b) El trato de amistad	128
c) Rasgos de la oración de amistad	129
5. Testigos de la amistad de Dios	130
a) El amor, señal de los cristianos	131
b) Introducir la amistad de Dios en el mundo	132
c) En medio de la crisis religiosa	135
d) Ante la pobreza y exclusión	137
6. TESTIGOS DEL DIOS DE LA VIDA	140
1. La condición del testigo	141
a) Arraigado en la vida	141
b) Simpatía con las víctimas de la increencia .	142
c) La vida está en buenas manos	144
d) Lo que mueve al testigo de Dios	145

2.	Testigo de un encuentro con Dios	146
	a) Comunicación de una experiencia	146
	b) Irradiación de un encuentro	147
	c) Sabernos amados por Dios	149
	d) Poder vivir amando	152
3.	Testigo de una nueva vida	154
	a) Una experiencia de vida más plena	155
	b) El testimonio de la propia vida	157
	c) Un estilo de comunicar vida	158
	d) Una vida que despierta interés	159
4.	Humildad del testigo	161
	a) Desde la debilidad	161
	b) Testigos del Misterio	163
5.	El lenguaje del testigo	164
	a) La palabra del testigo	164
	b) Hablar de Dios	166
	c) Hacia un lenguaje diferente sobre Dios ...	167
6.	El testigo en medio de la increencia	169
	a) Aprender de los increyentes	169
	b) Algunas actitudes básicas	171
	c) El espíritu de diálogo	173
7.	RECUPERAR LA ESPIRITUALIDAD DE JESÚS	175
1.	Cultura del ruido y de la superficialidad	175
	a) La explosión de los «medios» y la comunicación informática	176
	b) Hiperestimulación y seducción permanente	178
	c) El imperio de lo efímero	179
	d) La huida hacia el ruido	181

2. Perfil de la persona privada de silencio	
y hondura	182
a) Sin interioridad	183
b) Sin núcleo unificador	183
c) Alienación	184
d) Confusión interior	185
e) Incapacidad para el encuentro	185
3. La sordera para escuchar a Dios	186
a) Represión de la relación con Dios	187
b) En la epidermis de la fe	188
c) Mediocridad espiritual	189
4. El silencio, camino hacia Dios	190
a) Silencio atraído por Dios	191
b) Silencio curador de la persona	193
c) Silencio para escuchar al hermano	195
5. Cultivar la espiritualidad de Jesús	195
a) Nuevas corrientes de espiritualidad	197
b) Hacia una espiritualidad arraigada en Jesús	201